

Domingo de Ramos

QUERIDOS HERMANOS

Un año más llega a nosotros la noticia de nuestra redención, de la salvación del mundo, sucedida según el plan de Dios en los acontecimientos vividos por Jesús, Nuestro Señor, en su paso definitivo de la muerte a la vida.

Escuchamos la lectura de la Pasión, se nos proclama de nuevo el Evangelio, como invitación a aceptar de corazón y a ser partícipes personalmente de esta obra de salvación que celebramos especialmente en Semana Santa, y cada domingo, como realidad ya presente entre nosotros

Sabemos que si estuviésemos en el mundo solos, sin Dios y sin esperanza, y viéramos sus calamidades y guerras, que parecen recomenzar indefinidamente, sus infidelidades y sufrimientos, parecería imponerse como realidad última una derrota, completamente contraria al deseo de nuestro corazón, a la promesa de bien experimentada en nuestras relaciones más verdaderas. Como si no hubiese modo de que los pasos de nuestro caminar tuviesen sentido pleno y una meta alcanzable, de que la felicidad fuese para nosotros algo más que una utopía o un sueño.



Pero hoy hacemos memoria viva de que Dios se ha hecho hombre, por nosotros y por nuestra salvación. Y podemos reconocer de nuevo la ternura con que el Creador de cielos y tierra nos mira, y que nos desveló queriendo estar en brazos de su Madre recién nacido en Belén. Y vemos realizarse en Él, en Jesús, el amor más grande, de quien da la vida por sus amigos, sin dudar, incluso cuando se comportan y son aún sus enemigos.

En el Señor Jesús se nos manifiesta el corazón de Dios mismo: por tu felicidad, por tu sed de verdad y de justicia, porque te libres del mal y tengas vida, para que se realice tu plenitud y no te quedes en la muerte, asumiré tus cargas, soportaré tus dolores. He venido para estar contigo y quedarme para siempre, y acompañarte en tu camino; a hacer posible que se llene de verdad y de vida, tejida de lo más humano, sostenida por el aliento de la caridad, de una fe firme, de una esperanza incansable.

En Getsemaní vemos el amor del Padre para con nosotros, por quienes pide al Hijo que beba aquel cáliz amargo. Y vemos la libertad del Hijo, de Jesús, gracias al cual el amor divino habita para siempre en el corazón humano, que dice que sí a lo que quiere el Padre, y no niega ni rechaza a ninguno de sus hermanos.

Hemos escuchado cómo el Señor deseaba aquella noche simplemente la compañía de los suyos; y cómo el cansancio y la debilidad, nuestra fragilidad, impidieron que la tuviera. El Señor vivirá así una soledad que, en realidad, nos sería tan ajena; pero que invade las vidas y los rostros de los hombres, como una falta de cercanía, de compasión, de unidad; como ese pecado del que se quejará Jesús en el Juicio: tenía hambre, tenía sed, estaba desnudo, y no vinisteis en mi auxilio.

Y vino para que no estuviésemos ya solos, no se perdiese la vida lejos de Dios y de los hermanos. Y lo llevó a cabo en Getsemaní, en aquel primer y definitivo Triduo Pascual: murió para realizar esta compañía, esta unidad; para hacer posible esta fraternidad definitiva que no sabemos vivir. Nosotros no podíamos, nos quedábamos solos, nos perdíamos. Él no será derrotado por nuestro pecado, nuestro cansancio y nuestro miedo; se hará presente resucitado para restaurar una amistad que parecía rota por el abandono y la muerte, e iluminará todo lo humano, hará revivir las certezas y el calor del corazón.

Nos ofrece compañía para siempre; ya ahora, dando todo su valor precioso al tiempo y a los gestos de nuestra existencia, a todas nuestras relaciones. Y definitivamente venciendo la muerte en la resurrección, en la plena comunión con Dios, Padre y origen de todo bien, de toda vida.

Que la celebración de la Semana Santa nos ayude a todos a reconocernos partícipes, personalmente, de este don de la salvación, por la que el Señor Jesús padeció, murió y resucitó.

Que así sea.

Alfonso,
Obispo de Lugo